

# ENCUENTRO EN MARÍA DUPLÁS



CUENTO

OSCAR ALONSO ÁLVAREZ



OSCAR ALONSO ALVAREZ

(Bilbao, 1967), es licenciado en Filología Hispánica, aunque nunca ha ejercido. Trabaja en un hospital y colabora como asesor editorial. Ha colaborado con distintos periódicos y publicado en revistas como *Nuevas Tertulias*, *Diálogos* o *AuxMagazine*.

PREMIOS: XIII Premio Tiflos de Cuento 2002; Finalista del XX Premio Gabriel Aresti de Cuento 2004; 2º Premio del Concurso Cuentos de Agua de la Fundación AGBAR 2004; Finalista del III Concurso de Cuentos Ateneo de Sevilla 2004; X Premio de Cuentos "Ateneo de La Laguna", Tenerife, 2004.

PUBLICACIONES: *Disculpen el percance* (colección de cuentos) 2003; *El coleccionista de cabezas reducidas* (colección de cuentos) 2003. Actualmente prepara la edición de otro libro de relatos y una novela.



# ENCUENTRO EN MARÍA DUPLÁS

**R**icardo ha vuelto a hacerlo otra vez. Y se está convirtiendo en una costumbre malsana. Alegando un compromiso que no puede posponer me ha colocado al pequeño Jorgito. En esta ocasión es una comida de confraternización con delegados alemanes de su empresa. Dice que vayamos al parque a tomar el sol. “¿Dónde si no, vais a estar mejor?”, sonrío con cara de locutor de noticiario. “¡Pipi, malo!”, protesta Jorge, porque para mí es Jorge, y no Jorgito, Chiquitín o pamplinas por el estilo. Protesta Jorge, digo, que sólo levanta dos palmas del suelo pero eso no significa que sea tonto. Después hace un mohín de queja ante lo inevitable de la situación y sale corriendo a esconderse entre las piernas de su madre. Yo también lo haría si pudiera, pero entonces se armaría la de Dios es Cristo, así que me quedo muy quieto observando la escena con cara de anciano abandonado. “Mira Jorgito, –dice Ricardo arqueando las cejas– el abuelo se ha puesto triste”. El niño me mira sin comprender nada. A Jorge tampoco le agrada ese rectángulo de yerbín quemado por las cacas de perro del vecindario que mi hijo denomina parque. Cinco años de Derecho y un master carísimo en Londres no le han inculcado ni un ápice de higiene urbana y lo que es peor: ha perdido el poco sentido común que todavía poseía.

—Os sentáis en un banco a dar de comer a las palomas –añade despacio, recalcando cada sílaba como si yo fuese imbécil. Utiliza el mismo tono de voz para dirigirse a Jorge y a mí. Me dan ganas de ponerme la mano en el trasero y contestarle: “¡Nene, caca!”. Un día lo hago y me quedo tan ancho.

—Volveremos pronto –añade.

—¿Qué?

—¡Que volveremos pronto, papá!

Ni por todo el oro del mundo permitiré que las palomas se acerquen a mi nieto. Soy viejo pero no estoy loco. Cualquiera que las haya observado con un poco de detenimiento sabe que esos bichos caníbales huelen mal, son necrófagos, necrófilos y



portadores de malas noticias además de un incontable número de gérmenes y enfermedades.

A mi hijo le digo a todo que sí para que me deje en paz.

—¡Qué bien! —se agacha a la altura del pequeño que le mira enfadado. No es para menos porque le han embutido en uno de esos trajecitos en miniatura muy modernos que convierten a los niños en astronautas de colores—. ¡Con los pipis! —añade con voz atiplada.

Como si el niño me estuviese leyendo el pensamiento, da por terminada la conversación con un sonoro: “¡Pipi, caca!”

En el parque, un grupo de jóvenes con sus llamativas motos ocupaban el paseo central como si hubiesen levantado un campamento de invierno. Delimitaban su territorio a golpe de gesto perdulario. La gente tomaba otro camino para esquivarlos, para evitar sus miradas desafiantes de adolescentes con intención de pillaje. Entre los cabecillas pude identificar al hijo de Valdivieso, el abogado del tercero derecha; es un mocoso de quince años y modales arrabaleros que se pasa el día holgazaneando por la ciudad en compañía de esos vagabundos. Yo también les esquivé, acobardado porque iba con Jorge. En cuanto vi el perfil de su compacto grupo tomé la desviación hacia el centro, evitando atravesar el parque. Fuimos al *Club* a saludar a los muchachos. Allí me enteré por Isidro, que el cojo Pacheco había sufrido otro derrame cerebral, el tercero, y que quizás sería el último. El año pasado le cortaron la pierna debido a no sé qué de un trombo en la femoral. Los chicos estaban muy afectados, especialmente Paulina que siempre le guarda un flan extra de postre y los del grupo de petanca que perdían su mejor brazo. Sin embargo nadie parecía dispuesto a acompañarme hasta el hospital. Supongo que en el fondo era como tentar la suerte del delincuente que acude a comisaría a denunciar un robo. Los viejos saben cosas que los demás ignoran.

No nos demoramos demasiado. La vida, a ciertas edades, es rauda como una tormenta de verano. Atajamos por los jardines de María Duplás hacia el Hospital. Cerca del estanque de las ocas, en uno de los caminos de grava que no conducen a ninguna parte, fue Jorge quien señaló con su diminuto dedo hacia los setos donde poco antes un perro había sembrado una inmensa plasta con forma de sorbete de chocolate. Malditos chuchos,

masculé, malditos dueños que permiten a sus malditos perros guarrear los parques públicos. Habría que darles un escarmiento. A los perros. Y luego a los dueños, naturalmente, que tienen la culpa de todo.

Junto a la rugosa base de un platanero, el bulto pasaba desapercibido entre la alfombra de hojas secas y jeringuillas abandonadas. Al principio recelé. Pero Jorge se abalanzó sobre él y me tendió la bolsa de papel con ambas manos, satisfecho, con esa ciega abnegación que los niños parecen tener para con los adultos. Ya aprenderé. Al instante sentí su peso concluyente, un peso rotundo y compacto, hecho para impresionar al primer roce. En la mano, las formas ocultas parecían querer adaptarse al contorno de mi mano como si hubiesen estado esperándome. Supe al instante de qué se trataba. Con un rápido movimiento de tahr la escondí en el bolsillo del abrigo, y seguimos camino hacia el Hospital Provincial. Ya no volví a sacar la mano del bolsillo en todo el día.

Imagino que en esta vida todo se supone menos lo cierto. Y, caramba, resulta curioso que a los setenta años todo vaya a cambiar de repente una mañana, como si la vida hubiese estado conjurando a mis espaldas como un malabarista. Sé de lo que hablo porque en cuanto apreté los dedos sobre aquel bulto presentí que las cosas iban a ser diferentes. Y eso es lo que realmente me perdió.

La visita en el Hospital fue breve. Una enfermera petisa de gesto autoritario y paso marcial me mandó esperar en una salita sin ventanas que olía a miedo en escabeche; luego me condujo por un pasillo estrecho hasta una puerta metálica con un cartel que advertía severamente: *Unidad Coronaria*. Entendí por qué los chicos del *Club* habían evitado la visita. Apreté los dedos dentro del bolsillo y afilé la mirada; y no tuve que decir nada para que a esa misma enfermera le temblara el gesto y se hiciera a un lado en el camino. Supongo que mis ojos hablaban con una claridad reveladora. Dejé a Jorge al cuidado de una muchacha de aspecto huérfano mientras atravesaba una gran sala donde se distribuían una docena de camas. Nunca he visto un lugar tan tétrico. Pacheco estaba solo en la cama número siete, conectado a varias máquinas que a intervalos emitían un ruido atemorizante y controlaban la parte de vida que todavía le quedaba. Sus



brazos estaban conectados a los tubos de suero que lo unían a este mundo. Nos miramos un instante sin decir nada. ¿De qué hubiera servido? Sonreí con una mueca de impotencia. Pacheco me devolvió una sonrisa críptica, desvalida, como si aquel gesto encerrara un mensaje cifrado que no logré interpretar.

—No te esperaba, viejo —susurró con una voz de fuelle apollado.

—Ya ves —dije por decir. Los chicos me dieron recuerdos para ti...

Pacheco contuvo un gargajo.

—Ya veo —me miró con escepticismo. Luego escupió en una palangana.

Nos quedamos en silencio sin saber qué añadir.

En aquella sala repleta de monitores que fiscalizaban la existencia en un fárrago de líneas discontinuas, dígitos de colores y pitidos disonantes, me di cuenta de que la vida y la muerte, pueden llegar a ser cosas ciertamente inimaginables.

A los cinco minutos salí de allí con la firme sensación de que había visto a Pacheco por última vez. Nunca llegué a tolerarlo del todo, pero ese día me dio pena. Jorge mientras tanto, había confraternizado con una joven enfermera de rotundos senos. Cómo envidié su abierta confianza, su don de gentes, su arsenal de años.

Después todo se precipitó sin remedio.

Esa noche, en la austera soledad de mi pequeño dormitorio, mientras trataba de ignorar el mullido ronroneo de los jadeos amorosos procedentes del otro lado de la pared, no pude evitar sentir un cosquilleo desconocido en el estómago. ¿Será esto lo que les roe a los delincuentes la noche anterior a dar un golpe? ¿Y a los asesinos? ¿Cómo será disparar a alguien? Disparar a matar, quiero decir. Apuntar al estómago y apretar el gatillo con ganas de joder al personal. Ver cómo se desangra en medio de una dolorosa hemorragia mientras contiene una carcajada malévola.

Cuando quise darme cuenta estaba de pie, frente a un anticuado espejo de marco dorado, con el brazo extendido y la pistola apuntando a mi reflejo, a lo Robert de Niro en *Taxi driver*. ¿Es a mí, chaval? ¿Me estás hablando a mí? ¿En serio? Porque no veo a nadie más por aquí. Era una imagen patética. Un viejo despeinado, vestido con un pijama como el sudario de un muerto

y el arma apuntando al frente. El trasto pesaba lo suyo. Y estaba frío. Lo sopesé varias veces para memorizar su tacto. Debía de hacer un ruido endemoniado. Mientras lo tanteaba en silencio, me pregunté si aquel artilugio habría ya dictado sentencias de muerte, si otras manos menos pacíficas que la mía habrían tenido en el punto de mira un pecho o una cabeza justo antes de ver cómo su dueño se desmadeja como un monigote de trapo. Me pregunté muchas cosas esa noche, como cuántos tiros de gracia llevaría en la recámara, cuántas muescas en la culata, cuántas viudas. Todo resultaba novedoso. Era injusto que a estas alturas mi bolsillo albergara una pistola. Luego me acosté y me fue imposible dormir.

Por eso esta tarde he cambiado el itinerario habitual y hemos ido hasta la ribera del museo. Cualquiera cosa menos tener que cruzarme otra vez con esos desguazados ancianos que avanzan a golpe de muletas, como miembros de una logia de zombis que imitan el temeroso andar de un perezoso; o las bandadas de viudas que cotorrean alborotando el aire; o los enganchados al deporte y los perros. Jorge estaba entusiasmado ante la idea de hacer una excursión hasta los arrabales. Todo un viaje para un niño y su indefenso abuelo.

Es algo que siempre había deseado hacer, ver las cosas desde la otra acera. Atravesar la línea que marca el bien y el mal, y sonreír como quien conoce el secreto de las cosas. Aunque por otro lado, cruzar el límite, me ha parecido lo más adecuado, dadas las circunstancias.

Ha sido una tarde inolvidable, bautismal, llena de primeras veces. La primera vez que sostuve la mirada a un policía hasta que éste bajó los ojos; la primera vez que me fui de un bar sin pagar; la primera vez que aterricé en el barrio de las putas pidiendo camorra. Luego me alejé en busca de los gamberros que atemorizan a los vecinos. Sus motos estaban aparcadas sobre la acera, cerca de los billares. Fue como ir de cacería a un gallinero. Cuando las primeras llamas prendieron los depósitos de gasolina, me aparté unos metros para disfrutar por anticipado de sus caras de espanto. Fui testigo de sus lágrimas incrédulas, de sus inútiles gritos demandando la presencia de los bomberos, y la extraña pira de hierros retorcidos en los que se convertían las motos. Jorge aplaudía entusiasmado.

—¡Má! —gritaba— ¡Güelo, má!

Esto tenía que terminar así; lo suponía. Desde el primer momento noté esa corriente eléctrica subiéndome por el brazo, envenenando la sangre. El olor a goma quemada que invadía la calle, los vecinos asomados a las ventanas sin intención de hacer nada. El goce de existir por segunda vez.

Después he dejado al chiquillo en casa y he pasado un momento por la Biblioteca para confirmar una sospecha. Los ancianos no servimos ni para ser enchironados, lo dice el código penal. Al poco, me he alejado caminando hacia lo más profundo del parque.

Y aquí estoy, sentado en un banco dando de comer a las palomas. Es curioso, todavía mis dedos están aferrados a la culata de la pistola. He conseguido mantenerla dormida en el bolsillo durante todo el día. No me había dado cuenta de lo fácil que se adapta a la mano, el suave tacto del gatillo, subyugante y perverso como una tentación. Si no fuera por este hecho meramente circunstancial, yo sería un simple anciano que da de comer a las palomas. Desde este lado del mundo las cosas se ven de otra forma.

Los chicos ya se acercan a paso ligero. Por la forma en que bracean no parecen muy amistosos. He podido reconocer al hijo de Valdivieso al frente del grupo, con las mandíbulas apretadas y la mirada encendida de quien busca venganza a toda costa. Supongo que alguien se habrá chivado por lo del incendio de las motos. En fin, si me lo pide con la suficiente sumisión, quizás a él le perdone la vida. Uno puede llevar una existencia respetable con una rodilla destrozada por un balazo, o si no que se lo pregunten al cojo Pacheco. Me alegro de que Jorge no esté ahora conmigo. Por lo demás, hubiera estado bien ir mañana al otro lado de la ciudad. Dicen que hay un barrio donde ni siquiera la policía se atreve a entrar. Los chavales van en busca del grupo de sudacas que acampa cerca de la fuente. Después irán a por los orientales de la calle Pedrerías, y luego a por los argelinos del vertedero. La juventud de hoy no reflexiona. Peor para ellos. Supongo que en algún momento alguien se detendrá a pensar, alguien recordará, parado junto a las motos, a un viejo de aspecto decrepito con un niño, alguien cuya apariencia coincide sorprendentemente con la mía. Eso espero, por el bien de todos, porque no aguanto más

de impaciencia. Me sudan los dedos de tanto esconderlos en el bolsillo. Además se está haciendo tarde. Tenía razón el que decía que no se puede andar con una pistola en el bolsillo y quedarse tan tranquilo. Las cosas nunca vuelven a ser lo mismo. Estás marcado para siempre. Sentado en este banco del parque he prendido un cigarrillo al tiempo que doy de comer a las palomas. Ya sé que el médico me ha prohibido fumar pero, ¡qué demonios!, tampoco es razonable dar de comer a esos bichos, y tal vez sea el último acto decente en esta vida, mientras la noche se pliega sobre sí misma como un periódico usado. Ya vuelven los muchachos, gritando y alborotando por el sendero de la fuente, listos para ajustar las cuentas. Presiento que llegamos al final de esta historia, y presiento que va a ser divertido. Tal vez mañana, la gente lea la noticia en los periódicos y se encoja de hombros. Tal vez me recuerden unos días, o unas semanas como el anciano del parque. Tal vez todo se quede en un incidente callejero entre bandas rivales. No sé, estoy impaciente por saberlo. Pero no debo precipitarme. Hoy llevo las de ganar.

Sólo por aprovechar los últimos minutos, he sacado la pistola del bolsillo y la he dejado sobre las rodillas, al alcance de la mano. Luce como una rara joya. Me gusta su brillo metálico, exótico, ante el que cualquiera se rendiría. Luego, con un pañuelo, he limpiado a conciencia el cañón. He de ser cuidadoso. No quiero que no me sepa demasiado a hierro cuando me lo meta en la boca.

